

tando la «voluntad artística» en el alma creadora. Por otra parte, sentimos también la necesidad de superar la concepción de Spranger confiriendo la categoría de la historicidad al sujeto individual interpretado como tipo básico de individualidad.

Es necesario una confluencia de ambas direcciones. El secreto último de la Historia se nos ocultará siempre bajo el movidizo fluir de los acontecimientos, si no partimos valerosamente de una doctrina que integre en toda su magnitud la vida personal del hombre. Por otra parte el misterio del alma individual permanecerá velado a la intuición, mientras no afrontemos con todo rigor la tarea de conferir a los tipos humanos estructurales una trascendencia categorial en el mundo de lo histórico. Sólo de esta manera lograremos aprehender a través de lo personal, el secreto del acontecer histórico, y a través de las formas históricas, la esencia misteriosa de la individualidad.

Reconstruyamos, en sus líneas generales, el esquema trazado hasta aquí, a fin de establecer las deducciones últimas. Partimos del reconocimiento—frente al relativismo histórico de nuestros días—de una Historia Universal. La Historia Universal ha de concebirse como proceso dotado de poderosa unidad interna, en el que está incluido la Humanidad entera. No se fundamenta la idea de la Historia Universal solamente en la existencia de un designio trascendente que adscribe la totalidad de los hombres a los mismos destinos. Fundaméntase también en la identidad sustantiva del hombre consigo mismo, por encima de toda determinación tempo-espacial.

Partimos de esta identidad esencial del hombre, que en cada época y lugar puede revestir un ropaje histórico diferente. La indefinida variedad de estas formas no debe

